

NOVIEMBRE DE 1918

EL REGRESO DE LAS TROPAS DEL FRENTE

NOVIEMBRE DE 1918
Una revolución alemana
Obra en tres partes

Primera parte
BURGUESES Y SOLDADOS

Segunda parte
VOL. I - EL PUEBLO TRAICIONADO
VOL. II - EL REGRESO DE LAS TROPAS DEL FRENTE

Tercera parte
KARL Y ROSA

ALFRED DÖBLIN

Noviembre de 1918

EL REGRESO
DE LAS TROPAS
DEL FRENTE

Traducción de Carlos Fortea



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *November 1918 II -2. Heimkehr der Fronttruppen*

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa basada en un diseño de Pepe Far

Fotografía de la cubierta: Prussian Soldiers WWI, de la web www.photobucket.com
por cortesía de KofSn1per.



La traducción de esta obra ha recibido la ayuda del Goethe-Institut
fundado por el Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores.

Primera edición: abril de 2013

Originally published as: "November 1918 - Eine deutsche Revolution -
Heimkehr der Fronttruppen (vol. 2-2)". First published 1948 by Karl Alber Verlag, München

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main 2008

© de la traducción: Carlos Fortea, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial
o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN obra completa: 978-84-350-1049-8

ISBN: 978-84-350-1047-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 8818-2013

Impreso en España

Libro primero

En torno al 8 de diciembre de 1918

La Tierra tiene un lugar en la justicia

Woodrow Wilson

La «Alianza Goethe» y el último presidente del Reichstag abandonan su residencia, el cubo de la basura. El consejo de trabajadores intelectuales se reúne y los poetas cantan. Pero, a través del océano, viene Woodrow Wilson a poner fin al caos de Europa.

Historia contemporánea

El tiempo había sido aplicado a este mundo como una caja caliente, y lo impulsaba a expandirse y a dar de sí lo que llevaba dentro.

El mundo, bramando realidades, sudando hechos por mil sitios al mismo tiempo, no habría sido este mundo si no hubiera sacado a la luz, en confusión, figuras burlescas, trágicas y puras.

A principios de diciembre de 1918, el último presidente del Reichstag imperial, llamado Fehrenbach, se acercó anadeando con amanerada gravedad y dijo que, para reparar los males de aquella época, lo mejor era volver a convocar al viejo Reichstag. Era su opinión, y así la manifestó.

Su inquietud se trasladó a la llamada «Alianza Goethe», que antaño había luchado contra la censura teatral en la Alemania imperial. La «Alianza», que había virado al blanco verdoso, cubierto de moho, se animó, abandonó su residencia,

un montón de basura, y salió cojeando a la chillona luz del día. Después de haber pedido que disculparan el olor que exhalaban debido a las circunstancias, graznó que era opuesta a todo chovinismo, pero en la actual situación consideraría una indignidad que un teatro de Berlín pusiera en su programa una obra francesa «a no ser que tuviera un superior interés artístico».

Después de lo cual la «Alianza» volvió a retirarse a su residencia.

El consejo de trabajadores intelectuales organizó una gran concentración pública en las «Salas de ceremonia del Oeste». Seis oradores hablaron del «espíritu de la revolución». Finalmente, todos, oradores y público, se fueron a casa sumidos en la preocupación: no habían avanzado en sus objetivos.

Pero los poetas cantaron.

El pintor Meidner cantó:

«Poetas y ciegos cantores de las tabernas y mercados, de los bares, cabarets y tugurios.

»Y vosotros, que escribís tratadillos religiosos, poetas del Ejército de Salvación, hermanos moravos, cuáqueros, adventistas, sionistas, y vosotros, magníficos redactores de panfletos socialistas, alborotadores y anarquistas, cuyas creaciones deslizan los pobres al amanecer por debajo de las puertas de las habitaciones.

»Vosotros, que componéis manifiestos comunistas, marselesas e internacionales y, al menos durante media hora, superaréis la impotencia de las oscuras hordas con alegres relámpagos... y, finalmente, vosotros, que despreciáis el tiempo, vosotros, los auténticos poetas y humanos, vosotros, negadores de Dios de estos días, que actuáis solos y profundamente acongojados... A vosotros, los más fieles de todos, os envío mi saludo fraternal.»

El poeta Hasenclever:

«Del firmamento desciende el poeta nuevo / para acometer grandes y mayores acciones. / El poeta ya no sueña con azules bahías. / Ve alegres bandadas salir a caballo de las granjas. / Su pie holla los cadáveres de las gentes de mala fama. / Su cabeza se alza para acompañar a los pueblos. / Él será su líder. / Él anunciará la nueva. / La llama de su palabra se convertirá en música. / Él fundará la gran alianza de los pueblos. / El Derecho de la Humanidad. / La república.»

Johannes R. Becher:

«Desplome, derrumbe, azul. Ah, bombas, barricadas, fuego. Asaltad ahora, sitio, tumulto, tambores, rayos escupidos por ollares y cañones. ¡Lanzaos, vamos! Allanad infinitos umbrales, espumeando chispas, ciudadelas. Ser humano actor. Ensalzado. Inmortalidad.»

Thomas Woodrow Wilson y los principios de América

Pero ya estaba en camino desde América el presidente Woodrow Wilson, un hombre de sesenta y dos años. Viajaba en el buque de transporte *George Washington*, acompañado por el crucero acorazado *Pennsylvania* y cinco destructores. Se le esperaba el 13 de diciembre en Brest, donde nueve acorazados y treinta destructores americanos debían salir a su encuentro.

América tendía la mano a su confusa, convulsa y enferma tierra madre.

Fue en el año 1620, poco después del estallido de la Guerra de los Treinta Años, que aniquiló y despobló Europa, cuando unos puritanos ingleses tomaron la decisión de volver la espalda a ese continente, que sólo conocía la codicia y

la falta de libertad, y asentarse en las lejanas tierras vírgenes del otro lado del océano.

En noviembre de 1620, una tormenta empujó su barco, el *Mayflower*, hacia las costas de granito de Massachusetts. Una vez allí, sintieron la necesidad de redactar lo que querían en el llamado «Pacto del *Mayflower*», a saber «unirse ante Dios, y nada más que ante Dios, para determinados fines comunes».

Un mes después, el 23 de diciembre, fundaron la ciudad de Plymouth. En un contrato firmado por todos los padres peregrinos, establecieron que «reconocían leyes iguales para todos y exigían de cada uno sumisión a las leyes de la comunidad». Y aunque al principio todo fue difícil, quisieron tener presente la constante mejora de su sociedad.

Eran hombres adeptos a la fe cristiana. De ella venía su sentido de una vida responsable, para la que reclamaban completa independencia, y ningún poder del Estado podía perturbarlos en su ejercicio.

Los colonos de Plymouth entraron en contacto con otros colonos y firmaron con ellos algunos tratados de alianza. Las colonias se desarrollaron, y en el año 1754 forjaron el plan de unirse. Fue el gran Jefferson, cuya simple y pura voluntad ensombrece el triunfo de muchos héroes bélicos como el ala de un ángel ensombrece los abismos del infierno, el que redactó la declaración de las Colonias Unidas:

«El respeto que debemos a nuestro Gran Creador, el principio de humanidad, la voz del sentido común, tienen que convencer a todos de que el Gobierno ha sido instaurado para el bien de la humanidad y ha de ser regulado con vistas a ese objetivo.»

Nadie que lea estas palabras se atrevería a decir que las religiones aturden y que de ellas no puede surgir el más profundo orgullo humano.

Representantes de los trece Estados Unidos, descendientes de los ya enterrados padres peregrinos, proclamaron en 1776:

«Sostenemos como evidentes por sí mismas dichas verdades: que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables, que entre estos derechos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, cuyo poder legítimo deriva del consentimiento de los gobernados.»

De ese modo grandioso había brotado la semilla que Dios había sembrado hacía mil ochocientos años en Palestina, bajo la tiranía de los césares romanos. En el siglo XIX, quedaría en manos de un filósofo alemán enseñar que el Cristianismo había iniciado una sublevación de esclavos y desfiguraba el rostro de la humanidad, y que sólo la «bestia rubia» podía salvarnos.

En cambio, la declaración americana comenzaba, orgullosa: «Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer justicia, afirmar la tranquilidad interior, proveer la defensa común, promover el bienestar general y asegurar para nosotros mismos y para nuestros descendientes los beneficios de la libertad, ordenamos y establecemos esta Constitución para los Estados Unidos de América».

Más tarde, no toleraron que una parte se separara de ellos. Uno de sus grandes presidentes, Andrew Jackson, dirigió en 1832 una declaración a Carolina del Sur: «La Constitución de los Estados Unidos ha instaurado un Gobierno y no una Liga. Es un Gobierno en el que el pueblo entero está organizado, que actúa directamente sobre el pueblo y no sobre los distintos Estados. Ningún Estado tiene derecho a separarse.

Decir que cualquiera puede separarse equivale a afirmar que los Estados Unidos no son una nación».

Así que Lincoln defendió la unidad.

Woodrow Wilson era de sangre escocesa e irlandesa. Su abuelo había venido de Inglaterra a principios del siglo XIX y se había asentado en los territorios de la joven democracia, que reconocía que todos los hombres tenían en sí la fuerza para entender todas las leyes divinas y el orden del que ellos mismos eran parte. El abuelo del presidente Wilson, asentado en Filadelfia y Pittsburg, fue nombrado juez. Era propietario de una imprenta y un periódico. Su hijo se hizo pastor, y el hijo de éste fue Woodrow, que cuando era estudiante escribió sobre Pitt, el inglés que organizó la resistencia contra el moderno tirano derrochador de las energías de su pueblo, Napoleón. Woodrow Wilson se convirtió en presidente de la Universidad de Princeton, que prefirió abandonar antes que aceptar los doce millones que le ofrecían si renunciaba a su reforma de la enseñanza. Como gobernador del estado de Nueva Jersey, fue un severo depurador de las costumbres políticas. Finalmente, fue elegido presidente de la república.

Cuando, el 5 de junio de 1914, se inauguró en Annapolis una escuela naval, dijo a los jóvenes: «Cuando contemplo nuestra bandera, me parece que las bandas blancas son las tiras de pergamino en las que están escritos los Derechos Humanos, y las rojas en cambio representan los ríos de sangre que nos han costado. Por último, en ese trocito de firmamento se ven las estrellas de los Estados que forman los Estados Unidos. Ahí tenemos, desplegada, la carta que nos legaron aquellos hombres que un día declararon en Runnymede: “Nos negamos a reconocer señores. Queremos formar un pueblo y conquistar nuestra propia libertad”».

El pueblo fue arrastrado a la guerra europea de 1914-

1918. Los alemanes habían desarrollado una nueva arma, el submarino, y hundían todo lo que se cruzaba en su camino.

Toparon con los Estados Unidos.

En Baltimore, Wilson alzó su voz:

«Sólo hay una respuesta para el desafío de Alemania: la fuerza, la fuerza hasta el final, la fuerza sin restricciones y sin límites. La energía que tiene dignidad triunfará, la energía que, a partir del Derecho, crea la Ley universal y hace morder el polvo a todos los Gobiernos egoístas.

»¿Pueden una potencia militar o un grupo de naciones decidir el destino de los pueblos, sobre los que no tienen otro derecho que la fuerza? ¿Es que las naciones poderosas van a poder someter a las débiles? ¿Deben los pueblos seguir soportando la voluntad de otros, sin poder hacer valer su propia voz? ¿Se hará realidad un ideal común para todos los pueblos, o el poderoso podrá seguir actuando como quiera y atormentar impune a los débiles? ¿Se pueden dejar arbitrariamente a un lado las exigencias del Derecho, o deben tener vigencia los acuerdos que impongan la obligación del Derecho?»

El Día de la Independencia de 1918, el presidente peregrinó a la tumba de Washington, en Mount Vernon; en los campos de batalla de Francia yacían ya diez mil cadáveres americanos: «Luchamos por la aniquilación de todo poder arbitrario. No aceptaremos una solución indefinida».

Esa misma mañana, en París, los vencedores americanos de Cantigny desfilaron ante el monumento a Washington en la Place de Iéna. Con su paso elástico, siguieron hasta la Place de la Concorde y saludaron a la estatua que representa a la ciudad de Estrasburgo.

La guerra había terminado. Se había alcanzado un objetivo: las potencias centrales habían sido batidas. Los herede-

ros de los padres peregrinos habían hecho su contribución para quebrar la tiranía en Europa. Ahora, el presidente viajaba en el *George Washington*: el barco llevaba a Europa la fuerza de sus hijos.

Había que acabar con las perversidades del viejo continente. Europa yacía cansada y desgarrada. Se aproximaba el embajador de la honestidad, de la conciencia, representante del país que no era «un hecho geográfico, sino un hecho moral».

Woodrow Wilson era consciente de la magnitud de su misión.

Era un hombre solitario, introvertido. Sentía que Dios le había encargado una pesada carga. Estaba decidido a llevarla. En el barco, dijo a sus acompañantes:

«Si ahora no manejamos con cuidado los poderes que la humanidad ha puesto en nuestras manos, quedaremos a los ojos de todos como los peores fracasados de la historia universal, por nuestra propia culpa y merecidamente.»

En su alma vivía el año 1620, que echó de Europa a los orgullosos padres peregrinos; en su alma vivían los trescientos años de ininterrumpido crecimiento libre de la humanidad americana, los principios de Jefferson y Lincoln, los muertos de su país que había tenido que arrojar a las fauces del Moloch de Europa.

Un temblor nervioso se había apoderado de la mitad izquierda de su rostro. Sus ojos se hundían a terrible profundidad detrás de los cristales de sus gafas.

Pero Wilson no sabía aún lo que le esperaba en Europa.

Cuestiones privadas

Pequeñas historias y una canción de amor sin palabras.

Interiores de Berlín

Una mujer entrada en años se sienta en su cuarto en Berlín-Gesundbrunnen y escribe junto a la ventana, porque hay poca luz, una carta a su padre, que hace mucho que ha muerto. Desde hace varios años, desde que le va mal, la mujer se ha acostumbrado a charlar mentalmente con su padre. Hace ya días que incluso ha empezado a escribirle en secreto; guarda las cartas con meticulosa pulcritud en un cajón especial de la cómoda.

En ocasiones, escribe y llora a la vez, hasta que deja el lápiz en el alféizar y se seca los ojos.

«Me he peleado con mi hermana Emma. Mi hermana tiene una hija que tú no conoces; ahora tiene veinte años, y me lo ha contado todo. Tiene trato con el propietario de una fábrica, que quiere conseguirnos un puesto de trabajo a todos. Antes tenía relaciones con un fiscal que tenía un piso de cuatro dormitorios, Emma lo permitía. Ahora quiere retener consigo a su hija; mi marido está perplejo. Yo siempre he apoyado a mi hermana, pero también tenía en mucha estima a mi sobrina. A mi marido lo despidieron porque no hay tra-

bajo, recibe un subsidio, pero cuando sale a sellar la cartilla y se queda fuera cinco minutos más, yo me siento acabada. Mi sobrina lleva dos años en tratos con chicos, y en su casa en Sanssouci vive el propietario de la fábrica que va a conseguirnos un trabajo a todos, la chiquilla no miente, y el charol es bueno. Quizás el hombre se haya enterado por otros de que Emma cuenta cosas malas de él, y eso le repele. ¿Es que esta chica es anormal? Emma nos vuelve locos a todos.»



Un hombre era maestro en un colegio privado. Tenía dos hijos. Él y su esposa no eran jóvenes, el colegio iba mal, y le revisaban el sueldo una y otra vez; la familia no podía vivir de él. Un día salió un puesto en la oficina de previsión municipal, él lo leyó en el boletín del ayuntamiento y se lo dio a leer a su mujer. Ella dijo que no podía hacerlo, no había estudiado nada, la rechazarían. Entonces él dijo que, si se negaba a intentarlo, lo haría él. Y ella le dio todo lo que quiso, sus vestidos, su abrigo y un sombrero, le maquilló ella misma y le puso las cosas que a ella le sentaban bien. Él tenía un rostro joven y delicado, nunca llevaba bigote, y si quería podía hablar como una mujer, muchas veces había hecho bromas al respecto.

Cuando llegó, arreglado, limpio y modesto al ayuntamiento, ya había varias otras esperando, pero fue admitido y presentó los papeles de su esposa. Hablaron, porque no tenía más papeles, de puestos de trabajo anteriores y cosas por el estilo. Él aguantó, informó valerosamente. Luchaba y pensaba: si una mujer puede, yo también.

Pero entonces entró otro funcionario, un superior, probablemente, miró los papeles y contempló a la mujer. Lleva

unos zapatos tan grandes. Porque, como los zapatos de su mujer no le valían al marido, llevaba sus propios zapatos. Entonces los dos funcionarios cuchichearon entre ellos y pidieron a la candidata que se sentara y se quitara el sombrero.

Pero ella no podía hacer tal cosa, no quería y no pensaba hacerlo. Sin embargo, ellos no cedieron, y él preguntó qué les importaba a ellos su peinado. Los funcionarios desconfiaron todavía más, insistieron, y cuando la candidata echó mano a sus papeles y se fue, enviaron tras ella a un policía que, aún en el edificio, le quitó el sombrero, momento en el que «la candidata» lo confesó todo.

El hombre se fue a casa. Le habían anunciado una demanda por estafa. Quería tirarse al río, porque ahora también iba a perder su puesto en el colegio privado.

Pero la mujer fue a sus espaldas a ver al director, y se lo confesó todo; de modo que él pudo quedarse. Quizá, dijo el amable caballero, también la oficina de previsión lo disimule todo, dadas las circunstancias.

Hilde en Berlín

Hilde hizo como si sólo quisiera cruzar el puente para visitar a unos conocidos en Kehl. El puente estaba vigilado, pero la dejaron pasar con su maletín para dar un paseo.

★ ★ ★

Y ahora viajaba por la confundida Alemania, inundada de soldados retornados; las ciudades se alzaban intactas y pacíficas, y en las casas las personas pasaban frío y hambre, de modo que salían a veces a la calle con cánticos y banderas.

Hilde lloraba en silencio en un rincón de su compartimento. Volvía a estar sentada y a viajar, como al principio de la guerra. ¿Es que aquello no iba a tener fin?

La imagen de Bernhard, un ser que se retorció, tendía la mano hacia ella, temblaba como una llama y se extinguía, se alzó en su interior. Hilde se estremeció y se mordió los labios.



Vivía en Berlín, en un pequeño hotel junto a la estación de Anhalt.

La ciudad gigantesca, gris y turbia le era desconocida. No sabía qué iba a ocurrir.

La tarde del primer día se apoderó de ella una excitación temerosa. La tensión duró toda la noche y todo el día siguiente, y no cedió hasta pasada una espesa noche, en la que durmió como paralizada.

No sabía que, aquella primera tarde, Bernhard pedía ayuda en la habitación de la señora Scharrel y moría durante la noche.

Durante dos días, persiguió las tinieblas que aquel acto lejano arrojaba sobre ella, aquella pobre alma atormentada que tendía la mano hacia ella... Hasta que se encontró delante de la iglesia de Santa Hedwig. Pensó que había llegado allí por azar, para contemplar construcciones históricas. Entró, rezó e imploró. Se purificó y tranquilizó. Las calles y museos de Berlín eran grandiosas, pero qué significaban al lado de un edificio sagrado en el que ella se arrodillaba como un ser perdido, primero delante del crucifijo y luego, largo tiempo, ante la imagen de María. La liturgia, que anunciaba la verdad, ronroneaba. Luego, rugió el cántico: «Te alabamos, Gran Dios».

Era la tarde del 6 de diciembre, la hora en que las masas salían de las Salas Germania y Sophie a la Chauseestrasse y la Invalidenstrasse, y quinientos disparos se hundían en ellas... Mientras tanto, ella se iba a su hotel por la pacífica Königgrätzer Strasse; entraba en la oscura habitación, que enseguida le hizo sentir que pronto sería la suya.

Porque ahora iba a dejar sus cosas, a extender sobre la mesa un pliego de cartas que sacó de su cartera y a escribir a un hombre cuya dirección llevaba consigo, en un bloc de recetas del hospital militar.

Escribió. Y, mientras escribía, tenía junto a ella todo lo que la había llevado a esa ciudad y la había guiado por sus calles.



A la mañana siguiente, salió a un Berlín cambiado. Recorrió su camino con paso suave y seguro.

Becker había regresado del hospital militar y caminaba tranquilamente por la calle, apoyado en su bastón.

Llevaba su abrigo de soldado gris. Ella le reconoció por detrás. Las lágrimas inundaron a sus ojos.

Cuando pudo dominarse, lo alcanzó y le tocó el brazo derecho. Luego lo cogió. Él vaciló, como si estuviera viendo una aparición. Su carta no le había llegado.

Hilde le cogió el bastón. No hablaron hasta llegar delante de su casa.

Ella le guió escaleras arriba, siempre en silencio. Al llegar a la puerta con la placa «Becker», él quiso llamar. Hilde le contuvo, lo abrazó y le besó en ambas mejillas. Él tenía una sonrisa inmóvil. Ella bajó las escaleras.

Becker estaba delante de la puerta de su casa.

Abrió. La madre trabajaba en la cocina. Podía deslizarse hasta su cuarto. Se sentó, tal como estaba, sin quitarse siquiera el abrigo.

La madre lo encontró allí con el abrigo y la gorra puestos. Entrelazó las manos. Becker habló mientras ella le ayudaba a acostarse.

La madre:

—¿Y tú, Friedrich, no te alegras?

—Es curioso. Tienes razón. En realidad tendría que alegrarme. Pero, ¿por qué no lo hago?

—Así es como eres, Friedrich. La has dejado marcharse de ese modo.

Durante la comida (él comía despacio, con una nube en torno a su cabeza), vino el cartero con la carta de Hilde. La madre se la leyó en voz alta.

Pero Friedrich estaba ya en las nubes. El «demonio», su «demonio», como él lo llamaba, se acercaba. Pronto se puso en pie, con el pretexto de que estaba cansado. Ya sentía el rostro rígido, veía las cosas como detrás de una niebla: reconocía ese síntoma, pero tenía que darse prisa a llegar a su cuarto para que su madre no advirtiera lo que estaba ocurriéndole.

En cuanto estuvo en su cama y su madre lo hubo recostado, el demonio lo envolvió.

Becker sentía su cuerpo, el lecho debajo de él, veía el techo de la habitación. Pero estaba tocado y hechizado por la vara del demonio. Yacía presa de una tensión terrible; todos los pensamientos le habían sido arrebatados, no llegaba a nada. La lámpara no era lámpara, el libro no era libro, la madre no era madre.

Yacía desvalido. Podía respirar, y a veces, no demasiado a menudo, parpadear, tragar. No hizo ningún esfuerzo por salir de aquel estado de hierática petrificación. La cabeza de la Gorgona lo miraba.

La madre se sentaba, temerosa, a su lado. Él quería decirle que lo dejara en paz, pero sus labios no se abrían. Su tormento, su espanto, crecía por momentos: tarde o temprano, la habitación podía reventar con un estampido.

Por fin... cedió. El demonio se apartó, los párpados de Becker se volvieron pesados, su rostro blando, su nuca entró en calor.

El cansancio llegó. A medida que todos los objetos volvían a acercarse y empezaban a hablar, la oscuridad cayó sobre él. Sus ojos se cerraron.



Su madre estaba sentada a su lado cuando despertó. Él se animó enseguida, todo había pasado.

—Tenías un rostro tan feliz mientras dormías, Friedrich, como un niño el día antes de Navidad.

—¿Lo tenía, madre?

—Esta tarde vendrá a visitarte la enfermera Hilde. En su carta dice que a las cuatro, si te viene bien. ¿La dejas pasar?

—Claro.

—¿Quién es, en realidad? ¿La vi cuando estuve allí, en julio?

—Es posible, quizá la vieras...

—¿Y te cuidó bien? ¿Se ocupó de ti?

—De mí, de Maus, de todos nosotros. No era enfermera de planta, sino de vendajes. Venía a cambiarnos los vendajes, a lavar las heridas y a otras pequeñeces que hacían un daño horrible.

Se incorporó.

—Tienes que saber, madre, cómo son las cosas en un hospital militar, probablemente en cualquier hospital. Quien está allí tumbado y enfermo puede sentirse bien de dos maneras: una, porque pierda su nombre, su privacidad, su individualidad. Estás tumbado en la cama y eres sólo una enfermedad. Eres una fractura de cráneo, un tiro en el vientre, una fractura de pelvis. Eso sienta bien. En el hospital, unos jóvenes médicos ayudantes me contaron que la medicina moderna da valor a la idea de ocuparse de la persona en su conjunto. No considero esto ningún beneficio. Que me ahorren ser una persona completa. Tú estás tumbado como un número entre compañeros a los que no les va mejor que a ti. Y te tratan con simple objetividad. La mirada del médico jefe te sobrevuela. Tú sabes que él conoce el desarrollo de tu dolencia. Y tú estás insertado en el curso de la enfermedad, que es igual para todos y que él conoce bien.

—Eso no es bonito.

—La segunda... es completamente distinta. Uno está tendido en la cama, y por allí andan personas sanas. No son malos curadores, como se hacen llamar a sí mismos. Son sencillamente personas sanas, portadoras de salud, seres envidiados. A veces no se trata más que de un gato que sale de la cocina y se tumba al sol debajo de la ventana, o junto a la calefacción... o de un ramo de flores recién cortadas. Pero, especialmente, se trata de personas. Cuando son médicos o enfermeras, uno está allí tumbado y acecha la parte de salud, de fuerza, que ellos ceden. Uno se convierte en un simple vampiro. Los venera, los envidia, los ama. De ellos emana un constante aliento de vida y de fuerza.

—¿Así era Hilde?

—Te he contado un curioso capítulo de mi existencia hospitalaria. Uno cree que simplemente hace de enfermo, de

médico o de enfermera. Pero un secreto lazo espiritual nos une. Muchos médicos y enfermeras lo intuyen en cuando entran en las salas de los enfermos. Eso es lo que les empuja, creo yo, a la medicina. La mayoría sólo se da cuenta después de dar vueltas entre las camas. En eso los métodos curativos sólo tienen una importancia indirecta. Los médicos nos venden una esquinita de su cerebro, de su conocimiento, pero nosotros necesitamos más, cogemos más.

—Háblame de ella.

—Debe rondar los veinte años. Creo que su padre era funcionario en la oficina de obras de la catedral de Estrasburgo. Hilde es de Estrasburgo.

—¿Y qué más?

Becker sacudió nostálgico la cabeza:

—Nada más. Quizás haya venido para trabajar aquí. No sé nada.

Gioconda

Los tres estaban sentados en el salón. Hilde se quitó su abrigo azul oscuro; llevaba su vestido de lino a rayas azules y blancas, y encima un delantal blanco, un ancho cuello blanco, cerrado por delante con un broche redondo. La pequeña cofia en el pelo peinado con raya en medio era más un adorno que un tocado.

Hilde dijo que tenía pensado trabajar en un hospital de la reserva:

—Pero primero quería verle, teniente, en cuanto llegara a Berlín. Por aquel entonces, nos dio usted muchas preocupaciones y muchas alegrías. Y ahora se mueve sin que nadie le acompañe.

Hablaron del padre de Hilde.

—¿No teme dejar solo a su padre?

—Oh, él es fuerte, mucho más fuerte que la mayoría de las personas que conozco.

Estaba sentada con las manos en el regazo y los ojos bajos. Cuando encontró a Bernhard, antes de la guerra, se había alzado en ella una persona, una distinta se alzó mientras trabajaba en el frente y en los hospitales militares, y ahora ella se hundía en su suelo materno, en una dulzura adolescente.

—Qué dulce es —dijo la madre cuando se hubo ido—. Qué sonrisa Gioconda, Mona Lisa.

—¿Falsa como la Gioconda?

La madre:

—La Gioconda no es falsa, es tan falsa... como lo es la mujer.

Rieron a gusto juntos.

—A eso lo llamo yo una confesión, madre. Y lo dices tan pacífica y amigablemente. La Gioconda es la crueldad despiadada, la crueldad en sí misma, que sonrío a su víctima. Pero tú no eres así, madre.

—Una madre no es falsa.

Becker se acarició la mandíbula:

—Lo que hay de misterioso e impersonal en ella ya me había llamado la atención antes.

Ya no pensaba en la aparición que le había acompañado escaleras arriba desde la calle, sino en la dulce Hilde, en la felicidad que se había arrojado sobre él en el hospital militar.

La madre se quedó mirándolo:

—Me has contado que os cuidaba a ambos, a ti y a Maus. ¿Cómo se comportaba Maus con ella? ¿Te envidiaba por ella?

Becker:

—Él la amaba. Yo pensaba que ella también a él. Es un hombre tan fuerte, tan recto. Entonces vino a verme, el día antes de que se dismantelara el hospital militar. Yo aún yacía desvalido.

—Así que fue a verte.

—No se lo he contado a Maus. Él no lo entendería. La quiere tanto. Y yo tampoco creo que ella vaya en serio conmigo... la verdad es que no sé qué pensar.

La madre cruzó los brazos y miró hacia la ventana:

—Sigues siendo mi Friedrich de siempre. Vuelves locas a las chicas, y a ti no te preocupan demasiado. Ahora ella viene a verte. Tal vez incluso haya venido desde Alsacia sólo por ti.

—Espero que no.

—¿Sientes... algo por ella?

—No algo como Maus. No. Para mí representa una fuerza, una cierta influencia que hace cambiar algo en mí. Alguna vez voy a ver a Krug sólo para preguntarle si no habría que registrar físicamente esas cosas. En una ocasión, me contó algo acerca del cambio del clima en la Tierra que se producía bajo no sé qué lejana influencia astronómica. Algo así pienso yo cuando se me acerca. Registro el cambio de la atmósfera en mí... como una «sensación». Quizá también haga surgir nuevas plantas y animales en mí.

—Eso es terrible, Friedrich. No puedes estar hablando en serio.

El rostro de Friedrich seguía estando inquietantemente flaco. A la madre se le pasó por la cabeza: qué curiosa es la inclinación por él de esa chica joven y floreciente. Becker señaló sonriente la habitación a su alrededor:

—Así ocurre una vez detrás de otra. Primero me entierro en mi interior y hurgo en mí con un puñal, hasta que mi alma queda forjada y endurecida. Luego... dejo caer el puñal, saco

mis viejos bustos, retiro la cortina que cubre mis libros. Y entonces viene un pájaro desde el bosque, y se posa a mis pies.

—Nada de pájaro, Friedrich. Y nada de a tus pies.

—¿Crees de veras que en mi corazón? Durante la guerra, dimos vacaciones a nuestro Yo. ¿Habrán pasado las vacaciones de mi Yo?



Su madre corrió las cortinas, encendió la luz, le arregló el sofá.

Él se tendió de costado, sosteniendo un libro. Ella bordaba, sentada a la mesa.

Becker se entregó a la sensación de bienestar que de pronto le había acometido.

Así es el mundo, fundido en un molde de espacio y tiempo. Se ha puesto el tiempo y el espacio como un abrigo, se ha subido la capucha y sigue su camino.

Pero, aunque camine millones de años, no se aleja de su origen.

El mundo es un bumerán, una pelota en manos de un niño. La pelota está sujeta a una goma, el niño la lanza, vuela por el espacio, pero enseguida vuelve a su mano.

Pero no es la mano de un niño la que nos arroja.

Y, cuando despertó en mitad de la noche, él había soñado, y los pensamientos que recordaba eran los últimos eslabones de una cadena que el sueño había vuelto a llevarse consigo.

Y se encontró delante de la frase: «es un mundo de hijos», una frase hacia la que alzó la vista como si mirara la cumbre nevada de una lejana montaña.